

—¿Y tu padre?

—¡Ah! ¡es verdad! ¡mi padre! pero ¡ah! mi padre ya se cuida de sí... él gasta poco, y tiene sus tierras que se guarda y administra. ¡Adios amiga mia! que sigas bordando entretanto que yo bailo; cada uno se divierte á su modo. Vamos abuelita.

Amelia salió con la Duquesa.

—¡Dios mio! ¡qué cabezas tan vacías! exclamó Camila, ¡y cuánto las compadezco!

—Quiera Dios, dijo la Marquesa, que Amelia sea quien se canse y quien rehuse á tu hermano para esposo suyo; esa sería una dicha para todos nosotros, hija mia.

VIII

Aurora habia concebido por el Marqués una pasión voraz: un primer amor lleno de vehemencia, de ilusiones y de sueños.

Preciso es decir que todo la empujaba hácia el precipicio; su marido se habia entregado á la más miserable y vergonzosa vida; no salia de los garitos, de los ahumados cafés de los barrios bajos, y de las casas de los toreros y mozas de rumbo, que eran las que escuchaban todas sus galanterías y para quienes él guardaba la parte más selecta de sus agudezas y chistes.

Como no tenia un cuarto, ni lo ganaba, jugaba con trampas, y su vida estaba pendiente de un hilo, puesto que tenia segura una desastrosa muerte el día en que sus compañeros de desórdenes advirtiesen que no les ganaba, sino que les robaba el dinero por malas artes.

Aquella transformacion de un muchacho tonto en un calavera de mal género, se habia verificado rápidamente, y no habia, por cierto, cosa que fuese más natural: no tenia Aurora lo que se necesita para retener y hacer bueno á un marido: no era amable, ni distinguida, ni tenia el talento doméstico, que es el más difícil, porque es el más prosáico y el más necesario de todos: además, para que se cuidase de atraer á su marido, era indispensable que le hubiera amado, y á los ocho dias de casada conoció que, no solo no le habia amado nunca, sino que tampoco podia amarle jamás.

Poco á poco, la indiferencia de la jóven se fué convirtiendo en una aversion profunda; y esta aversion se hizo invencible cuando conoció al Marqués, al que volvió á ver alguna vez en el teatro y aun en su misma casa, á donde fué acompañado de su hermano.

Agustin, por su parte, deseando entretener su breve estancia en casa, hacia á Joaquina el objeto de todos sus obsequios: y esta hallaba muy agradable que le regalasen vestidos, dulces y brazaletes falsos, y aun algunos de oro de buena ley.

A tanto llegó el hastío de Aurora para su

marido, que ni se lastimaba su amor propio por sospechar su intimidad con la camarera: era para ella Agustin un mueble del todo inútil y que miraba con el mayor desprecio.

Joaquina era una de esas mujeres perversas, que no dejan escapar la ocasion de la venganza; echaba la culpa á Aurora de que su hermano no se hubiera casado con ella, y, por lo mismo, queria herirla de dos maneras; en su reputacion y en su amor propio: del primer modo, protegiendo su naciente pasion por el Marqués: del segundo, distraendo todo lo posible al incauto y obtuso Agustin, que iba ciego al lazo que le tendia.

La casa de los hijos de Megia estaba más revuelta aún que en vida de su madre, y habia más ganancia para todos. Aurora, embebecida en los sueños de una pasion que era imposible, pero en la que ella tenia puestas todas sus esperanzas, para nada se cuidaba del gobierno interior de su casa, que se hallaba completamente en manos de Joaquina, y esta se aprovechaba grandemente de aquella confianza, pagándola del modo más luerativo para su bolsillo.

Agustin, que se comparaba al caracol, que todo lo lleva encima, hacia el mismo caso de la

hacienda que si nada tuviera, y se cuidaba solo de tomar lo que Joaquina sisaba, y le daba, según ella decía, para sus diversiones.

Aquel dinero, robado á la esposa para el esposo, servía algunas veces para ponerlo á una carta, y no pocas para perderlo, aunque otras daba de sí para centuplicarse y para hacer á Joaquina algun regalito de su gusto, cosa que se repetía con frecuencia.

Por su parte, German se cuidaba, sobre todo, de solicitar la mano de Camila, y despues de hacer la vida de gran señor calavera, lo que le ocupaba todo su tiempo.

El bufete no se habia abierto, y su título de abogado permanecía encerrado en un cajon sin que le sirviese de nada.

Aurora se habia enflaquecido mucho: ocho dias despues del en que vió al Marqués por la última vez, decidió hacer algun esfuerzo para acercarse á él, ya que él parecia no comprender su pasion, y resolvió interesar á su hermano para que la llevase á su casa, dándole la esperanza de hablar á Camila en favor suyo.

—¿Cómo quieres que te lleve allí sin tu marido? preguntó German á su hermana el dia que le hizo su petición: la Marquesa es rígida, como

buená inglesa, y no ha entrado aún en las reglas del gran mundo en esa parte.

—¿Y eso qué importa? preguntó Aurora; diremos que Agustín está ocupado en sus asuntos, y que no visita á nadie.

—¿Pero bajo qué pretexto te presentaré yo? dijo German mordiéndose las uñas: en verdad que no lo sé.

—Iremos los dos esta tarde, dijo Aurora: dices tú que has salido á paseo conmigo, y que, teniendo que decir una cosa al Marqués, has subido, tomándote la libertad de que yo te acompañase tambien.

—No, no, dijo German: es una familia muy respetable y del todo opuesta á nosotros.

—¿Qué dices?

—Hermana mia, prosiguió German: nosotros vivimos con mucho desórden: tú no te cuidas para nada de la casa, y cambiamos muchos criados: todo el mundo lo sabe: los que salen, nos desacreditan: los nuevos hacen lo que quieren, y, al marcharse, nos desacreditan tambien: no sé como esto podrá seguir así: tu marido, por otro lado, hace la vida del perdido, y entre tanto nuestros bienes disminuyen de un modo lastimoso: si así seguimos, dentro de poco seremos pobres.

—¿Y qué remedio? preguntó Aurora.

—¿Qué remedio? que te cuides tú algo más de las cosas de la casa: ¿no has oído decir que el ojo del amo engorda al caballo?

—Pero me parece que tú tampoco haces nada, dijo muy picada la jóven.

—Yo hago más que tú: que es buscar un buen casamiento.

—Que no lograrás.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie, pero yo lo sé: no te casarás con la hermana del Marqués: y tal vez lo conseguirías si yo me hiciera amiga suya.

—¿Tú, amiga suya? ¡imposible!

—¿Por qué?

—Porque sois muy opuestas en todo: Camila es una especie de pensionista, muy tímida, muy delicada... luego, su madre no le consiente amigas... vamos, lo veo imposible.

—A mí me parece la cosa más fácil del mundo: si tú quieres, seremos amigas y ganarás en ello.

—¿Y qué puedo yo hacer para conseguirlo?

—Traérmela á casa, ó llevarme á mí á la suya.

—Lo pensaré, dijo German, pensando, en efecto, que tal vez su hermana podía ayudarle á conquistar la mano de Camila.

Dos dias despues, dijo á su hermana que estaba decidido á presentarla á la Marquesa y á su hija, y que se preparase de una manera conveniente para ir con él á su casa.

El corazon de Aurora latió violentamente de alegría al oír la decision de German.

¡Iba á casa del Marqués! podría volver cuando quisiera, y verle á todas horas!

Este pensamiento la llevó á otro muy natural: al del traje que deberia ponerse.

Llamó á Joaquina, á fin de encargarle que fuese á ver á su modista; pero la camarera no estaba en casa sin duda, porque no acudió al llamamiento de su ama.

Aurora tiró con más fuerza del cordon, y nadie acudió tampoco.

Irritada hasta lo sumo, salió para buscarla, y la cocinera, lo mismo que el criado, le dijeron que no la habian visto.

Aurora, más incomodada todavía de lo que estaba, se dirigió al cuarto de la camarera, que se hallaba junto al suyo: al llegar cerca de él, oyó hablar y creyó reconocer la voz de su marido.

—¡Esto ya es demasiado! murmuró: ahora mismo la voy á despedir!

Levantó el picaporte, pero se resistió á sus esfuerzos, porque se hallaba sujeto por dentro.

Aurora, furiosa, sacudió la puerta, y oyó dentro exclamaciones como de susto, y la risa burlona de su marido.

—Abre al instante, gritó Aurora.

La puerta se abrió.

A los ojos de la irritada esposa, apareció su marido recostado en un ancho sillón, que sin duda había él regalado á Joaquina, y chupando un largo y grueso cigarro habano, con gran calma y serenidad.

Joaquina, á pesar de su descaro natural, parecía confundida: retiróse á un lado de la estancia, que era bonita y decentemente adornada, y permaneció con los ojos bajos y las mejillas encarnadas.

Aurora apenas podía hablar: la cólera había echado un nudo á su garganta: la presencia y la actitud de su marido la irritaban de manera que no sabía ni dónde se hallaba ni lo que decía: por fin su rabia se abrió paso, y gritó con ronca voz:

—¡Infame mujer...! ¡sal al instante de mi casa!

—Ahora mismo, dijo Joaquina muy contenta

de huir de aquel lance, que la tenía algo asustada.

Abrió el cajón de su cómoda y tomó su mantilla que se echó al instante en la cabeza.

Luego pasó por delante de Aurora, diciendo entre dientes:

—Enviaré á por mi equipaje.

Los esposos quedaron solos: Aurora encarnada como un fuego: Agustín frío y desvergonzado.

—¡Y á Vd. tambien le arrojo de mi casa! dijo la jóven mirando á su marido con aire de desafio: le arrojo á Vd. de ella porque no quiero mantener parásitos.

—Me iré tambien, repuso Agustin levantándose y dando dos pasos hácia la puerta con su imperturbable flema.

—¡Dios mio! exclamó Aurora arrojándose desecha en llanto sobre una silla: ¡qué desgraciada soy!

—¿Por qué, señora? repuso Agustin: me dice Vd. que me vaya, y me voy; ¿qué más quiere Vd.?

—Quisiera no estar casada con Vd., caballero: ¡quisiera ser libre!

—Y yo siento mucho que Vd. no lo sea: porque tambien lo seria yo.

—Es que Vd. no ha hecho más que ganar con nuestro casamiento.

—Y Vd. se casó creyendo ganar tambien.

—¿Yo? ¿de qué modo?

—Primeramente, creyendo que seria mia la fortuna de mi padre: y despues comprando su libertad.

—No tenia necesidad de Vd. para ser libre, teniendo á mi hermano.

—Pero tenia un pretexto para dejar á su madre, á la que no queria sufrir.

—Bastante pretexto era el irme con mi hermano: en cuanto á la fortuna de Vd., ya vé que se ha reducido á que yo le mantenga.

—Usted no esperaba eso: pero en fin, si ha sucedido, no como nada que le pueda doler: antes bien me debia agradecer que la ayudase á desembarazarse de un dinero tan mal adquirido.

—¿Mal adquirido?

—¡Está claro! como que lo ha adquirido usted primero robándolo á su madre, y luego con la muerte de esta.

—¡Es Vd. un malvado! exclamó Aurora, que se ahogaba de furor: váyase Vd. ahora mismo de mi casa, y no vuelva á ponerse jamás delante de mí.

—¡Pues hasta que Vd. me llame! dijo Agustín: ¡viva la libertad!

Y salió de la casa.

Aurora quedó confundida.

Agitábanla mil pensamientos diferentes: por un lado, le parecia que se sentia mejor y más libre sin su marido para entregarse á las quimeras de su amor.

Por otro se le figuraba que se abria en derredor suyo un vacío espantoso.

Que se hallaba sola y sin amparo en el mundo, y que aquella misma triste libertad seria un obstáculo insuperable para que se acercase á la Marquesa y sus hijos.

Entonces conoció cuánto se habia equivocado al abandonar la casa materna para contraer aquel enlace fatal, y se dijo que, al amparo de su madre, quizá hubiera podido inspirar al Marqués una pasion santa y legítima.

—¿Qué me faltaba para conseguirlo? se decia: yo soy jóven, bonita, rica: mi familia es noble por mi padre, ¿por qué no hubiera yo podido ser la Marquesa del Prado? y asi, ¡hème aquí encadenada á un yugo que en vano quiero romper, pues solo el aflojarlo es una falta ante las leyes de la decencia y del bien parecer!

Sumergida en estas reflexiones, pasó toda la tarde; ya cerca del anochecer, salió de aque-

lla habitación, cuya puerta cerró con una especie de horror doloroso.

Se fué á las habitaciones interiores, y al pasar por el comedor, se sorprendió al ver que no estaba la mesa dispuesta, á pesar de ser muy tarde.

—¿Dónde está mi hermano? preguntó al criado que se presentó á recibir sus órdenes.

—El señorito no ha comido en casa, respondió el doméstico.

—¿Y no avisó que comía fuera?

—No, señora; no sé que se haya recibido ningún aviso ó recado.

—Está bien; repuso Aurora, resentida de aquella falta de atención, porque en un espíritu herido todo hace mella; comeré sola, sirvame Vd. al instante.

—Es el caso, señora, dijo el doméstico vacilando, es el caso que...

—¿Qué, vamos?

—¡Que no sé si habrá comida!

—¡Cómo! ¿y la cocinera?

—¡Se marchó!

—¿A dónde?

—A esperar á una hermana suya, que dijo que venía de fuera; quería haber pedido á us-

ted permiso, pero como se estuvo toda la mañana encerrada, y se le pasaba la hora...

—¡Se marchó! ¿no es verdad?

—¡Justo!

—Vaya Vd. á buscarme la comida á una fonda y sirvala Vd. al instante; en cuanto á esa mujer, le dirá Vd., cuando vuelva, que no la quiero ya en mi casa.

—Está muy bien.

—Le entrega Vd. lo que se le deba, y que se vaya.

—Así lo haré.

—Y mañana temprano va Vd. á buscar otra cocinera y otra camarera.

—Cumpliré las órdenes de Vd.

El criado salió diciendo no sabemos qué, porque hablaba entre dientes, pero creemos que decía:

—*A río revuelto, ganancia de pescadores.*

Poco despues, servía á su señora una succulenta comida, que apenas tocó.

Así que Aurora se levantó de la mesa, se retiró á su cuarto, y tomó un libro, poniéndose á leer para esperar á su hermano.

A las tres de la mañana llegó éste, abriendo le la puerta el criado.

Aurora se asomó á la de su cuarto, y le llamó.

German, sorprendido, entró en la habitación de su hermana.

—¿De dónde vienes tan tarde? le preguntó ésta.

—Del Casino repuso él.

—¿No has estado en casa de la Marquesa?

—Sí, hasta las doce, y eso á riesgo de ser importuno, porque salí el último; esta noche se quejaba sin cesar Camila de hallarse mala, y las pocas personas que van, se retiraron temprano.

—Yo te he esperado para decirte que ha habido en casa grandes novedades.

—¿Y cuáles son?

—He sorprendido á mi marido en el cuarto de la camarera, y la he despedido.

—¿Nada más?

—He despedido á él tambien.

—¿Y se ha ido? exclamó German.

—Sí; despues de un violento altercado, en el que ha dejado ver tanta insolencia como grosería, se ha ido, á lo que creo, para no volver.

—Pues eso es un grave mal, observó German con enojado acento; eso es una locura que te

pesará mucho; eso es un obstáculo á mis proyectos respecto á Camila, porque su madre no concibe los matrimonios separados; lo sé, me consta.

—No podia sufrirle, repuso Aurora devorando la humillacion que estas palabras le causaban; ¿no sabes lo desgraciada que era con él?

—No sé lo que pasaba entre vosotros, contestó German, que se hacia de repente, y solo para mortificar á su hermana, el moral y morigerado; solo sé que te tenía más cuenta el sufrir á tu marido que el separarte de él.

—¡Pero Agustin era un perdido, no hacia nada, le manteníamos nosotros!

—A eso te espusistes al casarte con él; pero ya casada, debias haberle sufrido con paciencia, que era el partido más decente que podias tomar.

—¿Me culpas acaso?

—Sí, te culpo: no quiero que digan nunca que soy el cómplice de tu desacierto: la mujer casada no tiene otro remedio decoroso que sufrir á su marido: todos los demás medios son peor que el mal.

German, dichas estas palabras, se dirigió á la puerta: su hermana le detuvo por el brazo.

—Escucha, le dijo: antes de que te vayas debemos fijar definitivamente nuestra respectiva posición: ¿es decir, que te desentendes de mí?

—Casi debo decirte que sí: renuncia desde luego á que te presente en ninguna parte, y si quieres que te dé un buen consejo, óyelo: procura reunirte de nuevo á tu marido, ó sepárate de él de un modo definitivo.

—¡Reunirme á él, jamás! respondió Aurora, que se habia acostumbrado ya á la idea de ser libre.

—Entabla, pues, enseguida la demanda de divorcio.

—¿Qué importa que me divorcie ó no?

—Importa el que tengas una posición conocida y aceptada: ahora no tienes ninguna: pasarás por una mujer abandonada por su marido: nadie puede saber qué causas dará á su salida de casa, que si bien ha tenido origen en haberle tu despedido, puede pasar por una huida: todo esto recae sobre mí, y te lo repito: ó te reunes á él, ó entablas tu demanda de divorcio, ó me separo de tí: tal posición puede ser un gravísimo inconveniente para mis planes con Camila, que subsisten como antes.

El más profundo silencio siguió á estas palabras.

Aurora se preguntaba si era aquel el hermano á quien ella amaba, con el que habia contado siempre como con su mejor apoyo, y en el que habia creído hallar consuelo cuando sufriese; todo el soñado consuelo le faltaba ahora, y caía por su base el edificio de su felicidad.

El recuerdo de su madre acudió á su memoria entre las sombras del remordimiento: algunas lágrimas salieron de sus ojos: se volvió á su hermano, y le midió con una ojeada de desprecio.

Luego, con un ademán imperioso, le señaló la puerta, por la que German salió, silbando una canción.

FIN DE LA PARTE SEGUNDA.